

LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO

Gustav Landauer

Llamamiento al Socialismo

Landauer, Gustav

Llamamiento al Socialismo / Gustav Landauer. - 1a ed.

- Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Libros de Anarres, 2022.

192 p. ; 20 x 12 cm. - (Utopía Libertaria)

Traducción de: Diego Abad de Santillán.

ISBN 978-987-1523-41-2

1. Anarquismo. 2. Socialismo. 3. Revoluciones.

I. Abad de Santillán, Diego, trad. II. Título.

CDD 320.531

Título original: *Aufruf zum Sozialismus*

Traducción: Diego Abad de Santillán

Revisión de la traducción: Jesús García Rodríguez

Prólogo: Nicolás Torre

Esbozo biográfico: Federico Mare

Corrección: Guadalupe Alfaro

Diseño: Diego Pujalte

© Libros de Anarres
Av. Rivadavia 3972 C.P. 1204AAR
Buenos Aires / R. Argentina
Teléfono: 4981-0288
edicionesanarres@gmail.com
www.librosdeanarres.com.ar

ISBN: 978-987-1523-41-2

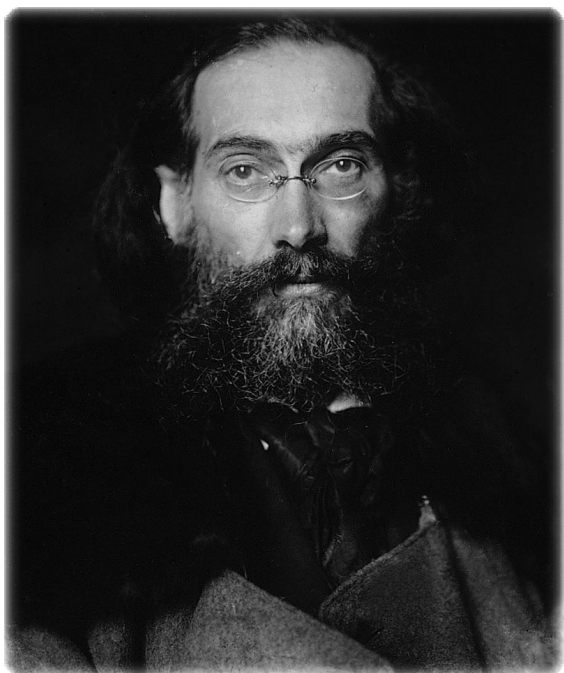
La reproducción de este libro, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, está permitida y es alentada por los editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

AGRADECIMIENTOS

Nuestro profundo reconocimiento a Ediciones El Salmón y a Jesús García Rodríguez, traductor y especialista en filología alemana, por habernos permitido contar con la revisión de la traducción original –realizada por Diego Abad de Santillán para la editorial Nervio– y por las notas del revisor que la acompañan. Aclaramos que todos los textos traducidos aquí incluidos han sido ligeramente modificados para adaptarlos al español rioplatense.



PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

A poco más de cien años de la publicación de *Llamamiento al socialismo*, la editorial Libros de Anarres ha decidido incluir este clásico del anarquismo en su ya prolífica colección *Utopía Libertaria*. Juzgamos esta decisión muy acertada. La figura de Gustav Landauer, injustamente olvidada, tanto dentro del anarquismo como más aún dentro de la izquierda en general, representa un hito insoslayable para la historia del pensamiento libertario. Dos razones –por lo menos– encontramos para valorar positivamente la reedición de esta obra. Primeramente, consideramos que el pensamiento de Landauer posee un peso específico propio dentro de la literatura anarquista y emancipatoria en general, que de por sí solo justifica nuestro acercamiento a sus textos. Esto puede apreciarse en su defensa apasionada del socialismo como la mejor, la más justa y la más fructífera de las relaciones posibles entre seres humanos; en su vehemente llamado a crear islas de utopía dentro del inmenso mar de la injusticia social, desde donde se forjaría el socialismo del futuro; en su rescate –como también lo hiciera Kropotkin– de las relaciones libertarias que articulaban, según el autor, el trabajo colectivo en el seno de las asociaciones comunales de la Edad Media, como los gremios de artesanos y las comunidades campesinas, y también de la manera en que esas formas de vida comunitarias se agrupaban como una “totalidad de autonomías, que mutuamente se compenetraban y entremezclaban sin formar por ello una pirámide o algún otro tipo de poder central” para formar una “sociedad de sociedades”;¹ en sus agudas críticas

¹ Landauer, Gustav. *La revolución*. Bs. As, Libros de la Araucaria, 2005, p. 64 (también aparece citado ligeramente distinto en: Buber, Martin. *Caminos de utopía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 77). Heinrich Koechlin explica así la admiración de Landauer por la Edad Media: “Su amor se orientaba al Medievo, ese Medievo anárquico que ciertamente conoció poderes, pero ningún poder central, reglamentador. La Edad Media no era solamente oscura. Conoció un tipo de libertad social que se perdió para los tiempos posteriores. Esta libertad se cristalizó en las asociaciones campesinas, las ciudades libres, las gildas artesanales, que arraigadas en lo local tendían hacia lo remoto [...]. La integración federalista de los pueblos cristianos en el Medievo fue uno de los grandes descubrimientos de la época del romanticismo. La mayoría de los románticos alemanes, debido a su oposición a un progresismo demasiado superficial y fácil, caían en un tradicionalismo estéril y reaccionario [...]. Para los románticos, como Gustav Landauer, el Medievo representaba una especie de paraíso

–feroces, aunque en algunos casos proféticas– a los medios que proponía el marxismo hegemónico de su época para la consecución del comunismo;² en sus elocuentes diatribas contra cierta fascinación por el progreso que alguna vez embarcara a Marx, Engels y sus seguidores en la justificación de cualquier hecho que, según ellos, quemaría etapas en la marcha hacia el comunismo, por más repudiable que esos sucesos históricos puedan parecernos, como la Conquista de América o la invasión estadounidense a tierras mexicanas a mediados del siglo XIX. La segunda razón es de carácter coyuntural: el

perdido. Hay en esto algo verdadero, pero al mismo tiempo la exageración de un entusiasmo que transforma una verdad interior y trascendente en una situación temporal e histórica” (Koechlin, Heinrich. “Prólogo”, en: Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 9).

- ² Con respecto a las críticas de Landauer a Marx habría que hacer dos aclaraciones. En primer lugar, para 1911 y más aún en Alemania, marxismo era prácticamente sinónimo de socialdemocracia, es decir, una versión del marxismo muy positivista y evolucionista en lo teórico, y muy verticalista y reformista en lo político. El marxismo-leninismo –al que si bien podría acusársele de evolucionista y autoritario, no era reformista–, era por entonces una corriente marginal, incluso en la propia Rusia, donde los mencheviques a la sazón tenían mucho más adherentes y gravitación que los bolcheviques. El marxismo consejista es posterior (década del 20), y en cuanto a Rosa Luxemburg, también se trataba de una figura marginal, amén de que buena parte de su pensamiento antiautoritario lo plasmó en obras posteriores a 1911. Otro tanto puede decirse de Antonio Labriola. Los otros autores marxistas “heterodoxos” son todos posteriores a Landauer: Walter Benjamin, Ernst Bloch, los frankfurtianos, etc. Aun en los casos en que Landauer discute con Marx y no con sus epígonos, su mirada sobre Marx está fuertemente condicionada por la manera en que éstos interpretaron y difundieron el pensamiento de su maestro, hecho que se ve muy reforzado por el desconocimiento generalizado que había por entonces del Marx joven y tardío, incluso entre los marxistas. En segundo lugar, es improbable que Landauer conociera los textos de Marx en los que éste, de alguna u otra manera, parece matizar o incluso renegar de su concepción teleológica de la historia: los *Manuscritos de 1844*, los *Grundrisse* (1858), *La ideología alemana* (1845), algunas cartas como la enviada al consejo editorial de *Anales Patrios* de 1877 y la carta a Vera Zasulich de 1881, en donde vislumbra para Rusia la posibilidad de arribar al socialismo saltando la etapa capitalista: “Si la revolución [en Rusia] llega a tiempo [...] para asegurar el crecimiento sin obstáculos de la comuna rural, esta última pronto se desarrollará como un elemento regenerador de la sociedad rusa” (Marx, Karl. “Borradores de una respuesta”, en: Shanin, Teodor. *El Marx tardío y la vía rusa*. Madrid, Revolución, 1990, p. 152). (Agradezco a Federico Mare por sus aportes a la primera aclaración y a Ariel Petrucci por los suyos a la segunda, en especial por el borrador de un revelador trabajo sobre la teoría marxista de la historia titulado *Ciencia y Utopía*, que esperamos llegue a ser publicado pronto.)

acentuado interés que se observa en la nueva izquierda por el pensamiento de Walter Benjamin creemos que podría y debería extenderse a Gustav Landauer. El autor de las llamadas “Tesis de filosofía de la historia”, que conocía la obra del anarquista alemán por intermedio de su gran amigo Gershom Scholem, comparte con nuestro autor, además del rechazo a la idea de progreso que caracteriza al marxismo más ortodoxo, tanto una filosofía de la historia similar –que hace hincapié en el *sentido* que damos a la historia y que podríamos denominar como *filosofía de la memoria*³–, como así también un mesianismo judío secularizado que cifra sus esperanzas de salvación en una revolución que reúne dialécticamente dos dimensiones: una restauradora, la otra utópica. La primera se plantea como retorno a un pasado ideal, la segunda aspira a un futuro radicalmente nuevo.⁴

Dos grandes corrientes intelectuales confluyen en el pensamiento de Landauer. Por un lado, la tradición socialista, en especial en su vertiente anarquista: Proudhon y Kropotkin, Bakunin y Tolstoi principalmente. Por el otro, el romanticismo alemán: Goethe, Schiller, Hölderlin. También la mística del cristianismo y del judaísmo incide en su formación espiritual, fundamentalmente el Maestro Eckhart, de quien tradujo al alemán una colección de escritos. Se interesó, además, por otros grandes pensadores como Nietzsche y Spinoza. Su pasión por el humanismo lo acercó a Rousseau y Shakespeare.⁵ De Rousseau, Tolstoi y Strindberg, dice que representan una fusión armoniosa entre “revolución y romanticismo, pureza y fermentación, santidad y locura, violencia y masedumbre, fuerza y disolución”.⁶

³ Ver nuestro ensayo “La historia de los movimientos sociales como una historia a contrapelo: hacia una filosofía de la memoria”, en: AA.VV. *El hilo de Ariadna. Filosofía de la memoria e Historia desde abajo*. Mendoza, La Hidra de Mil Cabezas, 2011.

⁴ Löwy, Michael. *Redención y utopía: el judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*. Bs. As, El Cielo por Asalto, 1997, p. 19. También Martin Buber, amigo íntimo de Landauer, caracteriza su pensamiento de la siguiente manera: “Una conservación revolucionaria: selección revolucionaria de los elementos del ser social dignos de ser conservados, idóneos para la nueva construcción” (Buber, Martin. *Camino de utopía*, p. 72). Quizás en el caso de Benjamin, sólo en alguna de las etapas de su itinerario intelectual pueda rastrearse esta dimensión romántica de la revolución.

⁵ Ambos muy apreciados por el Romanticismo. Landauer fue un gran conocedor y admirador de Shakespeare, sobre quien escribió un libro homónimo en el que analiza algunos de sus más famosos dramas.

⁶ Landauer, Gustav. *Der werdende Mensch*. Postdam, Gustav Kiepenheuer, 1921, p. 136 (la traducción es nuestra).

Hombre de una inmensa cultura, dedicó varios ensayos a Tolstoi, Goethe, Hölderlin, Strindberg, Whitman y otros grandes escritores de su tiempo. Martin Buber y su renovada interpretación de la religión judía fue de gran importancia para el acercamiento de Landauer al judaísmo y su asimilación secularizada del mesianismo judío.

Landauer nos presenta el socialismo como una tendencia de la voluntad hacia el logro de la libertad y la igualdad de todos los hombres y las mujeres, fraternalmente reunidos para alcanzar los máximos frutos humanos: el amor, la amistad, el conocimiento, el arte. Para Landauer, las únicas condiciones necesarias para la instauración del socialismo son de orden espiritual. Espíritu es –parafraseando al autor– asociación y libertad, es poder, es alegría. El socialismo, según su parecer, no precisa de condiciones materiales específicas para su instauración, no depende de un determinado desarrollo de la técnica, sino tan sólo de la voluntad para crearlo. El socialismo es una aspiración a una sociedad mejor, y, como tal, puede darse en todo tiempo y bajo cualquier grado de desarrollo tecnológico. Esta concepción del socialismo se contrapone, deliberadamente, a la idea marxista según la cual aquél sólo puede alcanzarse en un determinado estadio del desarrollo de las fuerzas productivas. Landauer critica duramente la filosofía de la historia de carácter teleológico que subyace en buena parte de la obra de Marx, como así también cualquier otra concepción fatalista de la historia. Nuestro autor defiende, en cambio, una variante de *romanticismo revolucionario* que se inspira en el pasado, en las organizaciones comunitarias de la Edad Media, con sus tierras de propiedad comunal y su autonomía política. El socialismo no es una *fase superior* del devenir histórico, sino una forma de relación entre personas que puede surgir en cualquier momento, siempre que se lo desee y que se actúe en pos de su concreción. El socialismo es para Landauer una opción ética, y en base a esta idea le resulta absurdo plantear la existencia de un “comunismo científico”, como hicieran Marx y Engels.

La incitación de Landauer al socialismo es un llamado a forjar en nosotros el espíritu de asociación colectiva, terreno fértil en el que surgirán las semillas de una sociedad mejor, no por necesidad histórica ni por generación espontánea, sino por exigencias del orden de la voluntad, por imperativos éticos, y finalmente por

ese espíritu que brotará a partir de formas de relación libertarias. Landauer insta a agruparse en federaciones y poner el trabajo al servicio del consumo. “No será el espíritu el que nos ponga en camino, sino nuestro camino lo que lo hará surgir entre nosotros”.⁷ El socialismo será el fruto de ese espíritu y será ese espíritu. Porque para que la revolución *política*⁸ finalmente conduzca al socialismo –Landauer reconoce que éste es imposible sin aquélla– es necesario que ese espíritu esté vivo, que los hombres y las mujeres sepan convivir de manera comunitaria, es decir, que el proceso de revolución *social* –de alguna manera– se haya iniciado con anterioridad⁹. Podemos decir que, en cierta forma, la práctica del socialismo debe preceder al socialismo: “[...] Nosotros no esperamos la revolución para que comience el socialismo; sino que comenzamos a hacer realidad el socialismo, para que venga por ese medio la gran transformación”.¹⁰ Pues del éxito de esas islas de utopía y de lo sembrado en ellas depende –en palabras de Martin Buber– “que maduren [...] frutos socialistas en el campo de la revolución”.¹¹ El socialismo de Landauer no es un estado de cosas permanente al que se llega y

⁷ Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 155.

⁸ Parafraseando a Proudhon, escribe Landauer: “La revolución social no tiene ninguna semejanza con la revolución política, y [...] si bien es cierto que aquella no puede cobrar vida y seguir viviendo sin revoluciones políticas de diversa índole, es empero una edificación pacífica, un organizar sobre la base de un nuevo espíritu y hacia un nuevo espíritu, y nada más [...]. Las revoluciones políticas despejaron el terreno [...]; pero al propio tiempo ya estarán preparadas las instituciones en las cuales puede vivir la liga de las sociedades económicas, liga destinada a rescatar el espíritu, prisionero del Estado.” (Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 154).

⁹ “El Estado es una situación, una relación entre los hombres, es un modo de comportamiento de los hombres entre sí; y se lo destruye estableciendo otras relaciones, comportándose con los demás de otro modo.” A la forma de relación que sustituirá al Estado, Landauer la llama *pueblo*. “Es una unión entre hombres que existe de hecho, pero que no se ha convertido aún en asociación y federación, que no ha llegado a ser todavía un organismo superior” (Landauer, Gustav. En: Buber, Martin. *Caminos de utopía*, p. 67). Como observa Koechlin al contrastar y complementar la postura de Landauer con la del padre del anarquismo ruso, “Bakunin estaba en lo justo cuando decía que sin destruir era imposible crear nada. Pero no es menos cierto que sin crear lo nuevo es imposible destruir nada” (Koechlin, Heinrich. “Prólogo”, en: Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 12).

¹⁰ Landauer, Gustav. “Die drei Flugblätter des Sozialistischen Bundes”, en: *Der Sozialist. Organ des Sozialistischen Bundes*, Jg. V (1913), n° 24, S. pp. 185-190. Extraída de: <<http://www.anarchismus.at/txt3/landauer6.htm>>.

¹¹ Buber, Martin. *Caminos de utopía*, p. 80.

en el que se permanece *ad infinitum*; el socialismo de Landauer no es el fin de la historia, sino que es renovación constante.

La rebelión como constitución, la transformación y la reforma como una regla establecida de una vez por todas, el orden a través del espíritu como propósito [...]. Eso es lo que necesitamos de nuevo: una nueva regulación y transformación por el espíritu, que no establecerá cosas e instituciones de manera definitiva, sino que se proclamará a sí misma permanente. La revolución tiene que llegar a ser un accesorio de nuestro orden social, la regla básica de nuestra constitución.¹²

Otro aspecto importante en el pensamiento de Gustav Landauer es el lugar que ocupa el *ideal* que guía a la *praxis* y la interacción que se da entre ambos. “El socialismo –dice el autor de *Llamamiento al socialismo*– es una aspiración a crear una nueva realidad con ayuda de un ideal”.¹³ Landauer, lector crítico de Hegel, había comprendido bien la riqueza de la dialéctica hegeliana, sin adherir por ello a su idealismo y su concepción teleológica de la historia, que la reduce a ser la realización de la *idea*, especie de razón supra-humana que conduce el devenir histórico. La relación entre ideal y realidad es dialéctica, no reduciéndose ésta a ser mera copia de aquél, ni aquél el arquetipo omnipotente de ésta. Podemos apreciarlo en la siguiente cita:

No es el ideal el que se convierte en realidad, pero es por el ideal y sólo por el ideal que nuestra realidad toma forma en estos tiempos nuestros. [...]. Desde el corazón de los individuos brota esa voz y esa aspiración indomable de manera igual y unificada; y así se crea esa nueva realidad. Será al fin de cuentas distinto a como era el ideal, parecido, pero no igual. Será mejor, pues no será ya un sueño de gentes llenas de presagios de anhelos y de dolores, sino una vida, una vida en común, una vida en sociedad de seres humanos vivos. Será un pueblo; será cultura, será alegría.¹⁴

En lo que podemos denominar “la filosofía de la historia” de Landauer –expuesta en su libro *La revolución* (1907)– la *utopía* es el motor de la historia. La utopía es, en cada momento, la

¹² Landauer, Gustav. *Llamamiento al socialismo*, p. 170.

¹³ *Ibidem*, p. 49.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 50-51.

aspiración a una sociedad mejor que conduce invariablemente a una *topía*, es decir, a una sociedad dada. Cada nueva topía es la realización siempre imperfecta de la utopía que la precedió, *menos* lo que Landauer llama “las exigencias prácticas de la época revolucionaria”.¹⁵ A causa de esta imperfección y del carácter mutable de la voluntad humana que forja la utopía, el movimiento es infinito. “Damos el nombre de *revolución* –dice Landauer– al momento durante el cual ya no existe la vieja topía y todavía no se ha afirmado la nueva”.¹⁶ De esta concepción de la historia se desprende una *filosofía de la memoria* o una filosofía del sentido que atribuimos a la historia por medio de la memoria, porque la revolución es también “un principio que sin cesar avanza a través de largos períodos”¹⁷ y es justamente la memoria el soporte de este principio: “Cada utopía [...] se compone de dos elementos: de la reacción contra la topía de la cual se origina y del recuerdo de similares utopías anteriores conocidas. Las utopías están muertas sólo en apariencia, y al sacudirse su féretro –la topía–, surgen nuevamente a la vida”.¹⁸ Podemos observar aquí también una similitud con el pensamiento de Benjamin, quien plantea en el plano del sentido la existencia de un índice oculto entre pasado y presente.¹⁹ Landauer nos presenta una aparente paradoja:

... el pasado no es algo acabado, sino un ente sujeto al devenir. Ante nosotros sólo hay camino, sólo futuro: también el pasado es futuro, que con nuestra marcha adelante deviene, cambia, se transforma. [...] El pasado es aquello por lo que lo tomamos, y actúa en consecuencia.²⁰

¹⁵ “Las exigencias prácticas, que en definitiva tienen que impulsar a la creación de una nueva topía, están constituidas no sólo por la vida económica, perturbada por la revolución, sino también por las intervenciones, muy frecuentes, procedentes del hostil mundo circundante”. “Las exigencias prácticas de la vida colectiva en la época del estallido revolucionario traen consigo que, bajo la forma de la dictadura, la tiranía, el gobierno provisorio, el poder delegado a otros, etc., se forme la nueva topía durante la revolución” (Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 30).

¹⁶ Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 27.

¹⁷ *Ibidem*, p. 32

¹⁸ *Ibidem*, p. 29 (traducción ligeramente modificada).

¹⁹ Ver Benjamin, Walter. *Conceptos de filosofía de la historia*. La Plata, Terramar, 2007, p. 66.

²⁰ Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 43.

Lo mismo ocurre con el “tiempo-ahora” de Benjamin que hace “saltar el *continuum* de la historia”.²¹ Tanto la *transformación* del pasado de Landauer como la ruptura del *continuum* de la historia de Walter Benjamin son operaciones que ocurren no sobre los acontecimientos ocurridos –y por lo tanto fácticamente irrecuperables–, sino en el ámbito del sentido y de la memoria. Esta recuperación simbólica del pasado tanto puede, *a posteriori*, dotar de sentido y –en términos de Benjamin– *redimir* lo perdido para la historia; como incidir y reforzar las utopías, las luchas del presente. La aparente paradoja se desvanece, pues, si comprendemos las afirmaciones de ambos autores no en el plano objetivo del *ser*, sino en el plano intersubjetivo del *deber ser* social.

Cabe, quizás, hacer una aclaración última para los lectores contemporáneos, alejados del horizonte epocal de Gustav Landauer. Nos referimos a su lenguaje cargado de simbología religiosa. Landauer, aunque de tradición judía y admirador de la figura de Cristo, era decididamente ateo. Al igual que sucede con Walter Benjamin, todo un “universo simbólico religioso se inscribe explícitamente en el discurso revolucionario y lo carga de una espiritualidad *sui generis* que parece escapar a las distinciones habituales entre la fe y el ateísmo”²². Como aclara Löwy, la dimensión religiosa del pensamiento de Landauer es asumida –en sentido hegeliano²³– en la “profecía utópica y revolucionaria”²⁴. En un primero momento, podemos pensar que Landauer utiliza metafóricamente el lenguaje religioso, aunque lo más acertado sería decir que nuestro autor recoge la dimensión estrictamente humana de la religión, despojándola de sus elementos metafísicos y místicos, para enriquecer su universo utópico. Hablar, como de hecho hace Löwy, de un ateísmo religioso²⁵ en Landauer no implica una contradicción en los términos, ya que

²¹ Benjamin Walter. *Conceptos de filosofía de la historia*, p. 73 (hemos modificado la traducción de *Jetztzeit* como “tiempo actual” por la de “tiempo-ahora”).

²² Löwy, Michael. *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*. Bs. As, El cielo por asalto, 1997, p. 137.

²³ El término *aufheben* en Hegel tiene el sentido de una superación de un estado previo que conserva en el nuevo estado los elementos del anterior.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ *Ibidem*.

se trata de una posición atea que ha secularizado la dimensión humana implícita en la religión. Heinrich Koechlin, en su prólogo a la primera edición en castellano de *La revolución*, hacía la siguiente advertencia: “Gustav Landauer era un poeta, y sólo a quien le sea dado comprender el lenguaje poético le será posible imbuirse del espíritu de sus escritos”.²⁶ El lenguaje de Landauer no es el de un cientista social, no es un lenguaje cargado de tecnicismos con significados unívocos y referentes concretos, sino que se trata de un universo semántico rico en licencias poéticas y filosóficas. Conviene tener esto presente si queremos adentrarnos en la comprensión del pensamiento landaueriano; como así también dejar nuestros prejuicios de lado para apreciar la particularidad semántica que asumen en Landauer términos tan recurrentes y clausurados como “revolución”, “socialismo”, “utopía”, “ideal”, “espíritu” e incluso “Dios”²⁷ y “religión”²⁸.

Desde la publicación de *Llamamiento al socialismo* han transcurrido más de cien años. Mucha agua ha pasado bajo el puente. Llegó la guerra (1914) que Landauer previó, y la socialdemocracia y gran parte del pueblo alemán sucumbió al chovinismo; llegó la revolución de la que habla Landauer en su prefacio a la segunda edición: la Revolución rusa (febrero de 1917) y la Revolución alemana (noviembre de 1918) que –luego de ser saboteada por la socialdemocracia– pareció por un momento renacer del brote espartaquista²⁹, finalmente arrancado de raíz, y que dejó en el sur de Alemania un fruto efímero: la República de los Consejos de Baviera (abril-marzo de 1919). Allí Landauer se comprometió a hacerse cargo de las carteras de cultura y educación, responsabilidad que no alcanzó a asumir porque la auto-proclamada “vanguardia revolucionaria” –siguiendo el ejemplo bolchevique– arrasó con los consejos de obreros, campesinos y soldados, y, junto con ellos, con todo vestigio de organización popular de base. Finalmente, la socialdemocracia acabó con el

²⁶ Koechlin, Heinrich. “Prólogo”, en: Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 7.

²⁷ En un texto de su juventud, Landauer escribió que el único Dios en el que creía es “el Dios que queremos ser y el que seremos” (Landauer, Gustav. *Die religiöse Jugenderziehung*, cit. en: Löwy, Michael. *Redención y utopía*, p. 134).

²⁸ “La religión; no la fe en alguna potencia externa o superior, sino la fe en el propio poder y el perfeccionamiento del individuo en tanto viva” (Landauer, Gustav. *Llamamiento al socialismo*, p. 181).

²⁹ Nos referimos al “Levantamiento espartaquista” (enero de 1919).

fugaz gobierno del Partido Comunista Alemán y con la corta vida de la *Bayrische Räterepublik*, torturando y asesinando por igual a comunistas, anarquistas y socialistas independientes, entre otros al propio Landauer. Después de su brutal asesinato, la barbarie siguió su curso, imparable. Llegó el terror nazi y fascista, la Segunda Guerra, el terror estalinista, la consolidación del capitalismo. Y ningún comunismo surgió necesariamente de las “entrañas” de la sociedad burguesa. Pero se afianzaron los llamados regímenes de socialismo real en el Este, y triunfaron en Europa occidental los partidos socialdemócratas, mancillando ambos el término “socialismo”, que pasó a identificarse en un caso con sistemas totalitarios y en el otro con reformismos inconducentes, que llegada la ocasión no dudaron en pactar con el capital, como sucede actualmente con los partidos “socialistas” de Europa. ¿Acaso el término “socialismo” no suena hoy en nuestros oídos de distinta manera a como lo hacía en tiempos de Landauer? Hagamos a un lado esas dos experiencias que nada tienen que ver con el socialismo del que nos habla nuestro autor y dejemos que su voz clara resuene en nuestro interior, para que germine en nosotros su sueño de una sociedad más justa:

La necesidad del socialismo existe; el capitalismo se derrumba; no puede continuar trabajando; la ficción de que el capital trabaja, se deshace como espuma.³⁰

El capitalismo no tiene que transformarse en socialismo, y no tiene forzosamente que sucumbir, ni el socialismo tiene forzosamente que venir; tampoco tiene que venir el socialismo proletario-estatal-capitalista de los marxistas, y no hay que lamentarlo. Ningún socialismo debe venir forzosamente [...].

El socialismo puede y debe venir –si lo queremos, si lo creamos–.³¹

Nicolás Torre Giménez

³⁰ Landauer, Gustav. *Llamamiento al socialismo*, p. 41.

³¹ *Ibidem*, pp. 103.

AVATARES DE UN ANARQUISTA ROMÁNTICO BREVE BIOGRAFÍA DE GUSTAV LANDAUER

El corazón no se ha moldeado
según la pequeñez del mundo.
el papel del corazón es convertirse en himno

E. M. Cioran. *El ocaso del pensamiento*

El intelectual alemán Gustav Landauer, una de las figuras más lúcidas que ha tenido el anarquismo en toda su historia, es –paradójicamente– una de las menos conocidas y valoradas, incluso en el seno mismo del movimiento ácrata. Sólo en las esferas libertarias de tradición germana y judía la figura de Landauer goza del prestigio debido. Su exuberante y compleja obra, alejada de los moldes doctrinales, irreductible a las clasificaciones simplistas, ha quedado excluida del canon anarquista clásico. Humanista y librepensador, autodidacta ejemplar, escritor y orador extraordinario, Landauer poseía una sagacidad intelectual y una cultura erudita verdaderamente extraordinarias, así como una intensa sensibilidad *Sturm und Drang* que hizo de él uno de los principales referentes del neorromanticismo alemán de finales del siglo XIX y principios del XX. Hombre multifacético en sus inquietudes, cultivó con igual fruición la filosofía y la germanística, la novelística y la dramaturgia, la crítica y la historia del arte, así como el periodismo y la propaganda política. Fue, además, un prolífico traductor y editor, un conferencista notable y un infatigable militante y propagandista del socialismo libertario.

Nació en la ciudad renana de Karlsruhe, al pie de la Selva Negra, un 7 de abril de 1870, en el seno de una familia judía asimilada de clase media. Karlsruhe era la capital del gran ducado de Baden, por entonces un Estado independiente, todavía al margen del proceso de unificación nacional, pero que, en menos de un año, habría de incorporarse al *Kaiserreich*, el nuevo Imperio Alemán³², que se instauraría bajo los auspicios y la hegemonía de la Prusia bismarckiana.

³² El primer *Reich* alemán había sido el Sacro Imperio Romano Germánico (962-1806).

Ya desde su adolescencia, siendo un colegial, Landauer demostró poseer un talento fuera de lo común, así como un elevadísimo sentido de su libertad y dignidad. Brillante y rebelde, el joven Gustav padecía grandemente la mediocridad del medio escolar, y no vacilaba en discutir y desobedecer la autoridad de sus progenitores y maestros. El Sr. Hermann Landauer, que aspiraba a que su segundo hijo siguiera la carrera de odontología, y que, en aras de ello, habíale inscripto en un colegio de orientación científica, tuvo finalmente que claudicar y cambiarle a un bachillerato, opción más acorde a los intereses humanísticos del joven.

En 1888 –que pasaría a la posteridad como el “año de los tres emperadores” (*Dreikaiserjahr*)³³, habiendo egresado del Bismarck-Gymnasium de su ciudad natal, Landauer se matricula en la universidad, donde durante un período de tres años habría de estudiar filosofía, germanística e historia del arte, primero en Heidelberg, luego en Berlín –la capital del Imperio– y finalmente en Estrasburgo. Nunca concluiría sus estudios superiores formales: la acentuación de su vocación autodidacta y su vuelco a la militancia socialista le alejarían irremediablemente de una academia a la que no puede ni quiere perdonar su filisteísmo burgués. Luego de abandonar la universidad de Estrasburgo, retorna a Berlín en busca de un ambiente cultural y político más adecuado a sus proyectos.

Allí frecuentará la bohemia de Friedrichshagen, trabará amistades con variadas personalidades de la cultura (intelectuales, artistas) y profundizará su conocimiento del anarquismo, concepción que, al cabo de un tiempo, abrazaría ardientemente. En la metrópoli alemana Landauer conoce a varios escritores del movimiento expresionista, muy especialmente a Georg Kaiser y Ernst Toller. También se relaciona con el intelectual Benedikt Friedländer, ácrata individualista que había adquirido cierta notoriedad

³³ El 9 de marzo de 1888, a los 90 años de edad, fallece Guillermo I, y le sucede como *Kaiser* de Alemania su hijo Federico III. Pero éste no dura mucho en el trono: el 15 de junio de ese mismo año, a sólo tres meses de iniciado su reinado, muere de un cáncer de laringe fulminante. Lo releva su hijo Guillermo II, quien regiría el imperio durante 30 años, hasta su derrumbe en 1918. Si se exceptúan los primeros 19 meses, que constituyen la etapa final del período bismarckiano (el todopoderoso Canciller de Hierro dimite recién en marzo de 1890), este largo reinado recibe el nombre de *guillerminismo* o *era guillermina*.

por luchar contra la homofobia, crear una comunidad basada en el amor libre y divulgar las críticas del profesor Eugen Dühring al marxismo. Se relaciona, asimismo, con el escritor y pensador Fritz Mauthner, sintiéndose fuertemente atraído por su filosofía del lenguaje. Landauer colabora con la revista que aquel edita, al principio con artículos literarios y luego también con escritos de tono social y político.

Poco después, se suma a *die Berliner Jungen* (los Jóvenes de Berlín), un grupo de marxistas heterodoxos que habían sido expulsados del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD, por sus siglas en alemán). Landauer pronto se convertiría en el referente indiscutido de este movimiento, al que imprimiría una orientación libertaria cada vez más definida. En noviembre de 1891 sale el primer número de *Der Sozialist* (*El Socialista*), órgano de difusión del grupo. Landauer, que a la sazón tiene 21 años, asume la dirección. Bajo su influjo, el semanario –lejos de circunscribirse a la mera labor propagandística– habría de alcanzar cierto vuelo teórico y unos horizontes temáticos de notable amplitud: política, sociedad, economía y cultura en sus distintas expresiones (literatura, teatro, artes plásticas, historia, filosofía...).

Por entonces, conoce al anarquista Bruno Wille, propulsor del *Freie Volksbühne* (Teatro Libre del Pueblo), un promisorio emprendimiento de dramaturgia social que pretendía hacer asequibles las obras de Henrik Ibsen y otros exponentes del naturalismo al proletariado berlinés. Gustav Landauer se suma a la iniciativa con entusiasmo, pero un año después él y otros compañeros se alejan del proyecto a raíz de desavenencias ideológicas con la dirección y fundan el *Neue Freie Volksbühne* (Nuevo Teatro Libre del Pueblo). El intelectual badenés permanecerá ligado al mismo hasta su muerte. En este nuevo espacio de arte dramático conoce a Margarethe Leuschner, joven costurera con la que entabla una relación amorosa y habría de casarse pocos meses más tarde.

En 1893, asiste al Congreso Socialista Internacional de Zúrich. Pero August Bebel obstruye su participación. El líder socialdemócrata no les perdona a los Jóvenes de Berlín sus lacerantes críticas al parlamentarismo, reformismo y centralismo del partido. Esta amarga experiencia de marginación precipita

la conversión de *Der Sozialist* al anarquismo, y hace que Landauer encare la redacción de su primera novela, *Der Todesprediger* (*El predicador de la muerte*), obra animada por un acendrado espíritu antiautoritario y antidogmático. Pero en octubre de ese mismo año, el autor es arrestado, juzgado y condenado a prisión por incitar a la desobediencia civil. Permanecerá en la cárcel de Sorau (Silesia) durante dos meses.

Ya en libertad, Landauer reasume la dirección del *Sozialist*. Pero en enero de 1895 la reacción gubernamental, siempre insatisfecha, se ceba con la clausura del semanario. Se lo acusa de agitación sediciosa. Los manuscritos de la revista son confiscados, al igual que los modestos fondos reunidos a través de donativos, única fuente de retribución para los integrantes del *staff*.

Preocupado por la precariedad económica de su familia, Landauer intenta inscribirse en la carrera de medicina de la Universidad de Friburgo. Su solicitud es rechazada a causa de su prontuario. A lo largo del decenio de 1890, las fuerzas del orden no cejarán en su persecución política e ideológica. Acusado una y otra vez de redactar libelos subversivos, Landauer consumirá buena parte de su vida en cautiverio. Mas no será un tiempo perdido, sino una inmejorable oportunidad para el trabajo intelectual intensivo y prolongado. Escribirá su *Diario de Prisión*, y también su segunda novela, *Lebendig Tot* (*Muerto viviente*); preparará la edición de *Contribuciones a la crítica del lenguaje* de su amigo Mauthner; y traducirá al alemán moderno los sermones del Maestro Eckhart, un prominente místico germano de la Edad Media.

Luego de una breve y fallida experiencia periodística en la ciudad austríaca de Bregenz, vuelve a Berlín hacia agosto de 1895 y relanza su querido *Sozialist*. Por entonces nace su primera hija, Charlotte. La situación financiera de Gustav Landauer se vuelve más precaria que nunca, y la conflictiva relación con su pareja se agudiza, hasta desembocar, dos años más tarde, en la separación. No obstante, su fervor militante se mantiene intacto.

A comienzos de 1896 publica *El pionero mutualista*, opúsculo en el cual aboga por la creación de colonias cooperativistas por fuera del capitalismo y del Estado, en la convicción profunda –compartida por el viejo Tólstoi– de que al socialismo sólo se puede llegar si se lo deja de considerar una meta lejana, ulterior

a la revolución, y se lo empieza a construir *desde ahora*. Esta concepción es injustamente tildada de “reformista” y “pequeñoburguesa” no sólo por los marxistas, sino también por aquellos anarquistas –la mayoría– que cifraban todas sus esperanzas de redención social en la huelga general insurreccional.

En agosto de 1896 se celebra en Londres un nuevo congreso de la Internacional Socialista. Landauer asiste, pero por segunda vez la socialdemocracia alemana objeta la participación de los anarquistas. Merced a la intercesión de los laboristas independientes británicos, Landauer logra que se le ceda la palabra. Denuncia, una vez más, el autoritarismo y la intolerancia de sus detractores, y reclama la incorporación inmediata de los delegados ácratas al congreso. Todo resulta en vano. Él y todos los concurrentes de tendencia libertaria –entre ellos Piotr Kropotkin, Errico Malatesta, Elisée Reclus y Louise Michel– son expulsados del salón. Será la última vez que los anarquistas procuren participar de la Internacional Socialista.

En 1897 Landauer inicia una campaña de repudio contra los infames Procesos de Montjuïc que se desarrollan en Barcelona. Bajo el pretexto de castigar a los autores del cruento atentado cometido contra la procesión del *Corpus Christi* el 7 de junio de 1896 en la capital catalana, el gobierno español había ordenado el arresto de 400 anarquistas y su reclusión en el tristemente célebre presidio de Montjuïc –la “Bastilla catalana”–, donde 87 de ellos quedaron procesados. Sin más pruebas que un puñado de testimonios obtenidos mediante la tortura, el Tribunal Militar hallaría culpables a 24 de los acusados, aplicando la pena capital a cinco de ellos y al resto la pena de prisión; los 63 absueltos serían desterrados. Landauer, con su folleto *Los horrores de la Justicia en Barcelona*, logra que numerosos artistas e intelectuales alemanes manifiesten públicamente su rechazo a los Procesos de Montjuïc.

Por aquella época comienzan las desavenencias entre los hacedores del *Sozialist*. Se le reprocha a Landauer haber impreso a la revista un sesgo excesivamente teorizante y culturalista incompatible con las exigencias de la propaganda proletaria. Con el correr de los meses, el disenso se agrava. En diciembre de 1899 *Der Sozialist* deja de ser editado, y entra en un prolongado *impasse* de nueve años.

A comienzos del siglo xx, Gustav Landauer se suma a la *Neue Gemeinschaft* (Nueva Comunidad), una colonia libertaria y deísta fundada en las afueras de Berlín por los hermanos Heinrich y Julius Hart, escritores ligados al naturalismo. Landauer se emplea a fondo en la difusión de sus ideas dentro del grupo; mas los magros resultados obtenidos, sumados a la vacuidad pseudo-religiosa que impregna a la comunidad, hacen mella en su entusiasmo. Antes del año, Landauer decide abandonar la colonia. Pese a todo, la experiencia fue positiva. En efecto, durante su breve estadía en la *Neue Gemeinschaft* pudo conocer a su segundo gran amor, Hedwig Lachmann, joven poetisa y traductora oriunda de Krumbach (Suabia), y a otras tres talentosas individualidades con las que tejería una estrecha relación de camaradería y sobre las que ejercería una profunda influencia ideológica: el poeta Erich Mühsam, el dramaturgo Julius Bab y el filósofo Martin Buber. Merced a este último, Landauer habría de descubrir el jasidismo (una corriente heterodoxa de la religión judía con una fuerte impronta mística, comunitaria y utópico-mesiánica), además de hacerse conocido en los ambientes israelitas más progresistas.

Pero, hostigados por la policía, Landauer y su nueva compañera deciden exiliarse en Inglaterra. Luego de una corta estadía en Londres, la pareja se radica en Bromley, condado de Kent, a poca distancia de la capital. Era una buena excusa para conocer personalmente a Kropotkin, pensador por el que Landauer sentía una gran admiración –más allá de algunas discrepancias– y que por ese entonces se hallaba residiendo en dicha localidad. En casa del sabio ruso, la pareja alemana conoce al ingeniero Fernando Tarrida del Mármol, camarada cubano de ascendencia hispana que brega por la reconciliación entre las distintas tendencias del movimiento libertario, posición a la que él mismo denomina “anarquismo sin adjetivos”. Landauer simpatiza de inmediato con Tarrida del Mármol y su noble lucha contra el sectarismo. Durante su exilio en Gran Bretaña, conoce también a su compatriota Rudolf Rocker, llamado a ser uno de los mayores pensadores ácratas del siglo xx, y traba amistad con el historiador austríaco Max Nettlau, “el Heródoto del anarquismo”.

El cambio de siglo coincide con un viraje en el pensamiento económico de Gustav Landauer. Si en su juventud se había

identificado con el colectivismo de Bakunin y el comunismo de Kropotkin, en su madurez, hacia los 30 años de edad, adhiere fervorosamente al mutualismo del pensador francés Pierre-Joseph Proudhon. Simultáneamente, el intelectual badenés se vuelve cada vez más renuente al uso de la violencia, distanciándose tanto de los insurreccionalistas como de aquellos que practicaban la llamada “propaganda por el hecho” –la consumación de atentados contra gobernantes y otros personajes emblemáticos del *establishment*–. En este giro operan dos poderosas influencias: el pacifismo del escritor ruso Lev Tólstoi y el impactante *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* del filósofo francés Étienne de La Boétie (1530-63), verdadero precursor de la resistencia pasiva a la opresión, también llamada desobediencia civil o no violencia. Sin embargo, Landauer –fiel en su adhesión al anarquismo sin adjetivos de su amigo Tarrida del Mármol– jamás daría la espalda a los ácratas que abogaban por un régimen económico diferente al mutualismo o que justificaban la violencia revolucionaria.

En junio de 1902, Landauer y su compañera regresan a Alemania. Se establecen en Hermsdorf, a muy corta distancia de Berlín. Hacia fin de año la pareja tiene su primera niña, Gudula. Por esta época el intelectual alemán, apremiado por su situación económica, comienza a dar conferencias sobre filosofía y literatura en salones privados. También comienza a trabajar en la librería de Axel Junker Nachfolger, quien antaño había editado varias de sus obras. Pero el novel librero está muy lejos de abandonar la pluma: en 1903 publica su ensayo *Escepticismo y mística*, obra filosófica con hondas raíces en la metafísica de Eckhart y la crítica del lenguaje de Mauthner.

Ese mismo año, Gustav Landauer se vincula a la *Deutsche Gartenstadt Gesellschaft* (Sociedad Alemana Ciudad-Jardín), la filial local del movimiento de renovación urbanística impulsado desde Gran Bretaña por el genial Ebenezer Howard. Emparentado a la estética neorromántica del *Arts & Crafts* de William Morris y John Ruskin, la Ciudad Jardín proyectaba ciudades pequeñas y acogedoras, con amplios espacios verdes en su interior e inmediaciones.

A lo largo de la primera década del siglo xx, Landauer publica una multitud de estudios literarios, traducciones y compilaciones: Kropotkin, Bakunin, Proudhon, La Boétie, William

Shakespeare, Oscar Wilde, Bernard Shaw, Walt Whitman... Muchas de las traducciones las lleva a cabo junto con Hedwig, su entrañable compañera. Entre 1907 y 1911 publica tres de sus obras capitales: las *Treinta tesis socialistas*, *La Revolución y Llamamiento al socialismo*. Finalmente, en enero de 1909 vuelve a editar, tras un paréntesis de casi un decenio, la revista *Der Sozialist*.

Pero esta ingente labor intelectual le parecía a Landauer insuficiente. Deseoso de llevar a la práctica su visión del socialismo como una posibilidad concreta y actual, funda en Berlín, hacia 1908, la *Sozialistischen Bund* (Liga Socialista). Invitado por los anarquistas y socialistas independientes a exponer públicamente su proyecto, Landauer hizo gala no sólo de su brillo intelectual sino también de su notable oratoria, convenciendo a muchos de las bondades de su iniciativa.

No obstante, la Liga Socialista nunca llegará a convertirse en una gran organización de masas. Los sectores anarcosindicalistas le dan la espalda. El proletariado urbano se mantiene dócil bajo el férreo yugo del SPD. Marginada y hostilizada a causa de sus ideas pacifistas y cooperativistas, así como de su distanciamiento crítico frente al obrerismo, la Liga consigue, de todos modos, afianzarse y multiplicarse. Hacia 1912 la federación estará integrada por dieciocho grupos: cuatro en Berlín; dos en Leipzig; uno en Múnich, Stuttgart, Hamburgo, Colonia, Oranienburg, Breslavia, Mannheim y Hof an der Saale; y cuatro más en Suiza. Varios de ellos, inclusive, lograrán convertirse en comunas anárquicas económicamente autogestionadas, donde convivirán armónica y solidariamente, en pie de igualdad, campesinos, artesanos e intelectuales.

De vital importancia en este proceso será la labor de la joven suiza Margarethe Faas-Hardegger. Sin su denodado concurso, la Liga Socialista nunca hubiese prosperado en tierras helvéticas. También *Der Sozialist* experimentó una renovación merced a sus colaboraciones en la redacción. Landauer y Faas-Hardegger mantuvieron en secreto una relación amorosa durante los primeros tiempos de su militancia en la Liga.

A finales de 1910, Gustav Landauer organiza una serie de protestas callejeras en Berlín y Berna contra la inminente ejecución de varios anarquistas japoneses acusados de complotar

contra la vida del emperador Meiji. La campaña es en vano: Shūsui Kōtoku y otros once militantes libertarios nipones son ahorcados en Tokio a comienzos de 1911, tras un juicio plagado de irregularidades bochornosas.

En 1914 se desata la Primera Guerra Mundial. Las tropas del *Reich* invaden Francia a través del territorio belga, a la vez que colisionan con las fuerzas rusas en la Prusia Oriental. El SPD, haciendo gala de su oportunismo, traiciona el ideal internacionalista y apoya activamente al belicoso gobierno germano.³⁴ Inmune al delirio chovinista, Landauer es uno de los pocos en oponerse a la conflagración. De hecho, hacía varios años que venía alertando a sus contemporáneos de la inminente barbarie y promoviendo sin descanso la causa antibélica. Lamentablemente, sus reiterados llamamientos a la paz son ignorados. La voracidad imperialista avanzaría implacable, como una aplanadora, sobre los principios de fraternidad y autodeterminación de los pueblos.

En marzo de 1915 el impresor del *Sozialist* se ve forzado a enrolarse en el ejército alemán. La revista no logra sortear este escollo, y ya no volverá a editarse. El monstruo de la guerra se devora también a esa bella pero frágil rosa que es la Liga Socialista. En 1917 Landauer y su compañera, huyendo de la amargura y la miseria, se mudan a Krumbach, la pequeña ciudad suaba donde antaño viviera Hedwig. La Revolución de Febrero en Rusia, así como el agravamiento de la situación socioeconómica en su país natal, hacen renacer en Landauer el optimismo. Juzgando inminente el estallido de una insurrección popular, se prepara para poner en práctica, en una escala mayor a la de la Liga Socialista, sus concepciones.

Pero le aguardan días aciagos en su vida familiar. Hedwig, su amada Hedwig, contrae neumonía. Fallecerá a comienzos del año siguiente. Será ésta la mayor tragedia en la existencia de Gustav Landauer. Su espíritu ya nunca podrá recuperar la alegría de antaño.

³⁴ Es preciso matizar esta afirmación: el ala izquierda del SPD se opuso a la guerra. Pero, al estar en franca minoría, no pudo enderezar el rumbo del partido. En marzo de 1916 las crecientes desavenencias decantaron finalmente en una escisión, la cual, un año después (abril de 1917), daría lugar a la fundación del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD, por sus siglas en alemán). Para evitar confusiones, el SPD "ortodoxo" pasó a denominarse a partir de entonces Partido Socialdemócrata Mayoritario de Alemania (MSPD).

Entretanto, los efectos de la Gran Guerra sobre el *Reich* se manifiestan con crudeza: millones de muertos y lisiados, incalculables pérdidas materiales, graves descalabros en la economía y tensiones sociales de magnitud explosiva. Las huelgas y las protestas se multiplican. Para agosto de 1918, los Aliados logran traspasar las líneas defensivas germanas. La derrota de Alemania es inminente. Berlín inicia las negociaciones de paz. El presidente estadounidense Woodrow Wilson exige la democratización del sistema político germano. El imperio de los Hohenzollern tiene los días contados.

En noviembre, los marineros de la flota de Kiel se amotinan, y siguiendo el reciente ejemplo de sus camaradas rusos, forman un *soviet* o consejo (*Rat* en alemán). La Revolución Alemana, la *Novemberrevolution*, ha comenzado. La ola insurreccional se propaga como fuego por todo el país. A los pocos días, el *Kaiser* Guillermo II presenta su abdicación y huye a Holanda. Se proclama entonces la República, y los socialdemócratas mayoritarios establecen un gobierno provisional que, inmediatamente después de firmar el armisticio con las potencias vencedoras, procura por todos los medios congelar la revolución en curso. La política reaccionaria impulsada por el nuevo canciller Friedrich Ebert hace prever nuevos estallidos insurreccionales.

En enero del 1919, la Liga Espartaquista –una agrupación marxista de tendencia revolucionaria– protagoniza una sublevación en la capital, Berlín. El nuevo gobierno reprime con ferocidad el alzamiento. Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, principales referentes del espartaquismo, son brutalmente asesinados.

El otro gran conato insurreccional se produce en Baviera, tres meses más tarde. La onda expansiva de la Revolución de Noviembre también había llegado al sur del país, acrecentada por poderoso impacto de la Revolución de los Crisantemos (Hungría). Luis III de Baviera, siguiendo los pasos del *Kaiser*, había abdicado y abandonado Múnich, la convulsionada capital del reino. Rápidamente, los insurgentes proclaman la República. Pero también aquí el nuevo régimen se esfuerza por contener la marea revolucionaria. No puede lograrlo.

Cuando en febrero del 19 el primer ministro Kurt Eisner –un socialista independiente– muere asesinado por el aristócrata Antón Arco-Valley, y Johannes Hoffmann –un socialdemócrata

mayoritario hostil a la revolución— es electo sucesor, el movimiento insurreccional recobra su vigor y el 6 de abril se constituye en Múnich un *Rat*. Lo integran socialistas *independientes* —como el escritor expresionista Ernst Toller—, comunistas y también anarquistas —como el economista germano-argentino Silvio Gesell, el poeta Erich Mühsam y el propio Gustav Landauer. Al calor de lo sucedido en la capital, proliferan *soviets* de obreros, campesinos y soldados por toda la región. Nace así la Bayrische Räterepublik (República Bávara de los Consejos). Entretanto, el primer ministro Hoffmann traslada la sede de su gobierno a la ciudad de Bamberg, al norte de Baviera, y solicita al gobierno federal que envíe tropas con el propósito de reprimir a los insurgentes.

Landauer toma a su cargo la cartera de Cultura y Educación, y se fija como meta la reestructuración total de la instrucción pública de Baviera a partir de las enseñanzas teóricas y prácticas suministradas por el movimiento internacional de Escuelas Modernas. La simpatía del intelectual nacido en Karlsruhe por la pedagogía libertaria de Francisco Ferrer y Guardia no es nueva. Ya había analizado, elogiado y difundido en *Der Sozialist* sus renovadores postulados: racionalismo humanista, laicismo y anticlericalismo, coeducación de sexos, pacifismo, visión holística de la subjetividad del niño, fundamentación de la pedagogía en la psicología evolutiva infantil, supresión de los métodos coercitivos, eliminación de los exámenes, repulsa del patriotismo (entendido como una nueva y funesta forma de religión), valoración de los aprendizajes prácticos y del trabajo manual, preocupación por el medio ambiente, rechazo del sistema de premios y castigos... De hecho, el malogrado pedagogo catalán le había ofrecido un decenio atrás que fuera el representante alemán de la Liga para la Educación Racional; tentador ofrecimiento que no pudo aceptar a causa de sus numerosos y absorbentes compromisos.

¿Cuál es la esperanzadora visión que anima a Gustav Landauer en su desempeño? Él mismo lo aclara: “Todo niño bávaro de diez años conocerá a Walt Whitman de corazón. Ésta es la piedra angular de mi programa educativo”.

También se interesa por la Universidad de Múnich. Proyecta eliminar todas las restricciones al ingreso, abolir los exámenes

y crear un *Rat* de estudiantes. Paralelamente, acaricia la idea de crear en Baviera un Teatro Libre del Pueblo similar al de Berlín.

Pero el 12 de abril de 1919, a tan sólo seis días de haberse creado la República Bávara de los Consejos, los comunistas –que hasta ese momento se habían rehusado a colaborar con la nueva administración con el propósito de desestabilizarla– deciden seguir el ejemplo de sus camaradas rusos; y aprovechando el pánico generado por un contragolpe de la derecha, asumen el rol de vanguardia revolucionaria e instalan una dictadura del proletariado. Landauer y los demás comisionados de la *Räterepublik* son despedidos. Indignado, el fundador de la antigua Liga Socialista denuncia las maniobras autoritarias de Eugen Leviné y sus hombres, comparándolas a las de los bolcheviques en Rusia; maniobras que –más allá de su eficacia práctica o no para desbaratar la reacción *blanca*– entraban en conflicto con la democracia directa de los consejos obreros.

Pero las protestas y advertencias de Landauer no son escuchadas... El nuevo régimen comunista realiza expropiaciones y requisas, crea una Guardia Roja y persigue a los sospechosos de servir a la contrarrevolución. Su accionar, sin embargo, se circunscribe al sur de Baviera, ya que en el norte el gobierno de Hoffmann ha logrado capear el temporal revolucionario y consolidar su poder gracias al respaldo de la derecha bávara y el flamante gobierno nacional.

Finalmente, el ministro nacional de Defensa decide intervenir en Baviera y liquidar a la revolución. El socialdemócrata Gustav Noske ya tiene experiencia en estos asuntos: viene de ahogar en sangre la sublevación espartaquista de Berlín. Llega a Baviera acompañado de 9000 soldados de línea y 30.000 *Freikorps*, contingentes paramilitares que él ha sabido reclutar, organizar y poner bajo sus órdenes; veteranos de guerra resentidos por la derrota, ultraderechistas obcecados que culpan a los judíos y los *rojos* de todas las desgracias nacionales.³⁵

A comienzos de mayo, Noske y sus hombres derrotan a la Guardia Roja y ocupan Múnich. Cerca de mil defensores mueren en el transcurso de la refriega, y otros setecientos más durante el

³⁵ Hago referencia a la *Dolchstoßlegende* o “leyenda de la puñalada por la espalda”, mito colectivo de amplia difusión en la Alemania de Weimar y del nazismo según el cual la derrota del *Reich* en la Primera Guerra Mundial no se debió a factores de orden geoestratégico sino al artero sabotaje *desde adentro* del “elemento judío” y el “izquierdismo”.

terror *blanco* que le sigue, como resultado de los linchamientos y las ejecuciones sumarísimas. Leviné, “el Lenin de la revolución bávara”, es arrestado y fusilado. El 3 de mayo de 1919, cuando aún no había cumplido un mes de existencia, la República Bávara de los Consejos llega a su fin, y con ella, la Revolución Alemana.

Landauer sigue en Múnich. Pudo marcharse antes, luego de ser destituido por los comunistas, pero no quiso hacerlo. Sus amigos, temiendo por su vida, le habían alertado de cuán peligroso era, para un hombre como él, permanecer en una ciudad sitiada por Noske y sus feroces *Freikorps*; y le habían sugerido que buscarse sin demora asilo en Suiza. No era para menos: por toda Alemania corría el rumor difamatorio de que el comisionado de Cultura y Educación de la *Räterepublik*, un anarquista “carente de moral”, había instituido en Baviera la “comunidad de mujeres”. Pero el intelectual badenés desoyó todas las advertencias y sugerencias que le hicieran, y permaneció en Múnich hasta el final.

El 1º de mayo es arrestado por una patrulla de paramilitares y trasladado a una cárcel situada fuera de la capital, en Starnberg. A la mañana siguiente es transferido a la prisión de Stadelheim, en Múnich. En la sala de interrogatorios, un oficial golpea su rostro y exclama: “¡Sucio bolchevique! ¡Acabemos con él!”. Una avalancha de culatazos se abate sobre su cuerpo. Landauer se levanta del suelo y les dice a sus agresores: “Yo no los he traicionado. Ustedes no saben cuán terriblemente se han traicionado a sí mismos”. El oficial, furioso, le propina un garrotazo. Landauer vuelve a erguirse e intenta hablar, pero recibe un disparo en la cabeza. Agonizante, es ultimado a puntapiés, desnudado y sepultado en una fosa común. De acuerdo a otro testigo, las últimas palabras del intelectual alemán habrían sido: “¡Matadme de una vez para que pueda pensar que sois seres humanos!”.

Cuatro años más tarde, a instancias de su hija Charlotte, los restos de Gustav Landauer serían inhumados en el cementerio muniqués de Waldfriedhof. En 1925, con el auxilio financiero del dramaturgo Georg Kaiser, la Unión Anarcosindicalista de Múnich le haría erigir en su honor un monumento. Pero en 1933 los nazis habrían de profanar la tumba y enviar la urna funeraria a la congregación judía de dicha ciudad, cargándole los

costos. Los restos fueron finalmente sepultados en el cementerio israelita muniqués de la Ungererstrasse.

Poco antes de morir, Gustav Landauer había escrito: “¿Qué hay en la vida? Morimos pronto, morimos todos; no vivimos. Nada vive sino lo que hacemos de nosotros mismos, lo que hicimos con nosotros; la creación vive; la criatura no, sólo el creador. Nada vive más que la acción de las manos honestas y la obra del espíritu verdaderamente puro”. Y tenía razón. Sus ideas, pletóricas de utopía, habrían de fecundar el pensamiento de numerosos intelectuales socialistas del siglo xx, desde los libertarios Rudolf Rocker, Martin Buber, Max Nettlau, Diego Abad de Santillán y Agustín Souchy, hasta los marxistas heterodoxos Walter Benjamin, Ernst Bloch y Michael Löwy. Sus concepciones habrían de florecer también en los primeros *kibutzim*, antes de que la implantación del Estado de Israel (1948) perversa –con su lógica capitalista, su régimen de *Apartheid* étnico-religioso y su belicosa voracidad territorial– el sentido primigenio de la emigración israelita a Palestina, la *Aliyá*.

Federico Mare

BIBLIOGRAFÍA

Avrich, Paul. "Landauer", en: *Bicicleta. Revista de comunicaciones libertarias*, nº 11, Valencia, s/f (ca. dic. de 1978). Edición digital en: *Almeralia. Portal Libertario*, disponible en <<http://www.almeralia.com/bicicleta/bicicleta/ciclo/11/33.htm>> (on line: marzo de 2008).

Broué, Pierre. *Revolución en Alemania (I). De la guerra a la revolución. Victoria y derrota del "izquierdismo"*. Barcelona, A. Redondo, 1973 (1971).

Buber, Martin. "Landauer", en: *Caminos de utopía*. México, FCE, 1955 (1949), pp. 67-81.

Cappelletti, Ángel. "Gustav Landauer: el espíritu contra el estado", en: *Utopías antiguas y modernas*. Puebla, José M. Cajica Jr., 1966, pp. 391-426.

Celma, Miguel. "El anarquismo de Landauer", en: *Variantes sobre la anarquía*. Toulouse, Ediciones CNT, 1979, pp. 27-33.

Cohn, Jesse. "Gustav Landauer (1870-1919). Revolutionist, theorist, editor, martyr, Commissioner of Enlightenment & Education in the short-lived Bavarian Soviet Republic". Disponible en: <<http://recollectionbooks.com/bleed/Encyclopedia/LandauerGustav.htm>> (on line: marzo de 2008).

Gambone, Larry. "For community. The Communitarian Anarchism of Gustav Landauer". Disponible en: <http://dwardmac.pitzer.edu/anarchist_Archives/bright/landauer/landauerbioHorrox.html> (on line: marzo de 2008).

Goldman, Emma. *Viviendo mi vida*. Madrid, FAL, 1996 (1931), t. II, pp. 192-193.

Horrox, James. "Gustav Landauer (1870-1919)". Disponible en: <http://dwardmac.pitzer.edu/anarchist_Archives/bright/landauer/landauerbioHorrox.html> (on line: marzo de 2008).

Koehlin, Heinrich. "Prólogo a la primera edición en castellano", en: Landauer, Gustav. *La revolución*. Bs. As., Araucaria, 2005 (1907), pp. 7-16.

Leval, Gastón. "Una excepción: Gustav Landauer", en: *Conceptos económicos en el socialismo libertario*. Bs. As., Imán, 1935, pp. 66-67.

Löwy, Michael. *Redención y utopía: el judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*. Bs. As., El Cielo por Asalto, 1997.

Muñoz, Vladimir. "Una cronología de Gustav Landauer", en: *Reconstruir*, nº 57, Bs. As., nov. /dic. de 1968, pp. 45-50.

Nettlau, Max. *La anarquía a través de los tiempos*. Barcelona, Guilda de Amigos del Pueblo, 1935, p. 173 *et seq.*

–: “La vida de Gustav Landauer según su correspondencia”, en: Landauer, Gustav. *Incitación al socialismo*. Bs. As., Américalee, 1947 (1911), pp. 187-325.

Rocker, Rudolf. “Las luchas internas en el movimiento alemán”, en: *En la borrasca (años de destierro)*. Bs. As., Tupac, 1949, pp. 47-54.

–: “El fin de Gustav Landauer”, en: *Revolución y regresión (1918-1951)*. Bs. As., Tupac, 1952, pp. 79-86.

Schulze Schneider, Ingrid. *La Alemania de Bismarck*. Madrid, Arco, 1996.

Souchy, Agustín. *Landauer, el filósofo de la revolución*. Bs. As., Imán, 1934.

–: “Mühsam y la revolución bávara de los consejos”, en: *Erich Mühsam. Su vida, su obra, su martirio*. Barcelona, Ateneu libertario Al Margen (Valencia) *et al.*, 1999, pp. 22-34.

Stürmer, Michael. *El imperio alemán (1870-1919)*. Barcelona, Mondadori, 2003 (2000).

Toller, Ernst. “Revolución” y “República soviética bávara”, en: *Una juventud en Alemania*. Bs. As., Imán, 1937, pp. 125-178.

Volkman, Erich. *Revolución sobre Alemania*. Madrid, Ulises, 1931 (1930).